

“MI LEMA: TODOS LOS DÍAS HACER LAS COSAS UN POCO MEJOR”

Elder Cornaglia

Los orígenes

Nací un 12 de septiembre de 1941 en Egusquiza, un pueblo muy pequeño de la Provincia de Santa Fe. Fui el único varón de Nito y Dina, quienes también tuvieron dos hijas: Marta y Beatriz.

Mis primeros años transcurrieron en el campo. Empecé la primaria en una escuela rural y luego seguí mis estudios en Rafaela, donde mi padre había sido trasladado por su trabajo en Vialidad Provincial. En mi juventud fui deportista. Jugaba al fútbol y hacía ciclismo.

Cursé la secundaria en la Escuela Fábrica de la Nación N° 6, de donde egresé con el título de Tornero Mecánico. Me apasionaba el aprendizaje. Tras mi graduación, trabajé en distintos talleres de la ciudad. Una vez que dominaba la especialidad de uno, me cambiaba a otro para seguir aprendiendo. Así fui adquiriendo una sólida formación industrial.

Gracias a mis sucesivos trabajos, tres años después de terminar la secundaria, pude comprar mi primer torno. Fuera de horario laboral, me quedaba hasta tarde torneando en el garage de la casa de mis padres.

Buenos augurios

Tras hacer el servicio militar en el Regimiento 14 de Caballería de Villaguay, en el '63 conseguí un puesto en una empresa de Rafaela. Después de algunos años, quise lanzar mi propio proyecto.

En el '74, gracias a un crédito del Banco de la Provincia de Santa Fe, compré un torno nuevo. Era un Fraver 1200, que me entregaron un 28 de diciembre. Con la ayuda de mi hijo de seis años, el 31 de diciembre lo pusimos a nivel. Pero, por cábala, no quise hacerlo funcionar hasta el primer día del año nuevo.

Si, cuando arrancara, giraba para mi lado, significaba que tendría suerte. Si no, Dios diría. Cuando lo encendí, el primero de enero, giró como yo esperaba.

Un mes después, el primero de febrero del '75, nació Engracor. Empecé yo solo, en un galpón alquilado, mecanizando piezas para terceros. Cuando llovía, tenía que suspender las tareas, de tanta agua que entraba. Con el tiempo, pude comprar ese galpón, lo refaccioné e instalé un segundo torno y una perforadora de banco.

Una visión productiva

Mi taller comenzó como un centro de reparaciones. Pero mi visión era montar una fábrica. Empecé con reductores de velocidad, fabricando repuestos de Jeep y Estanciera.

Un día, un cliente de Córdoba me pidió unos engranajes para cadenas a rodillo. Hasta me ayudó a comprar una máquina, que le pagué con mucho sacrificio. De a poco, la producción crecía, y el establecimiento empezaba a quedar chico. Así que alquilé un nuevo galpón, con un horno de tratamiento térmico y un pantógrafo.

Como seguíamos expandiéndonos, en el '84 levantamos dos galpones en la calle Falucho de Rafaela, una zona que por aquel entonces comenzaba a industrializarse. El Ing. Víctor Monti, del INTI, nos brindó asesoramiento técnico para optimizar el proceso productivo en nuestra nueva planta. Allí estuvimos muchos años, padeciendo las dificultades de acceso causadas por las calles de tierra.

Producíamos la línea estándar de discos, piñones y ruedas de acero para transmisiones de cadenas a rodillos, así como engranajes especiales para fábricas de implementos agrícolas. Además, seguíamos incrementando nuestra oferta de reductores de velocidad.

En los '90, modernizamos nuestras instalaciones, con la incorporación de equipos de control numérico, la reconversión de tecnologías y la automatización de los procesos productivos.

En el '96, compramos un predio en el Parque Industrial de Rafaela y empezamos a construir nuestra nueva planta. Esa mudanza a las nuevas instalaciones indicaba que nuestra empresa ya había cobrado otra dimensión. La fábrica se inauguró el 8 de diciembre de 2001, en medio de la peor crisis de nuestra historia.

Nuestras ventas se derrumbaron. Había días en que levantábamos el tubo del teléfono para comprobar si había tono. Nadie nos llamaba...

Engracor, hoy

Después de la devaluación, la fábrica volvió a moverse, y experimentamos una época de fuerte crecimiento. En 2003 y 2004, llegamos a trabajar las 24 horas con una producción altísima.

Actualmente, tenemos una fábrica de 2700 m² en un predio de 5400 m² dentro del Parque Industrial de Rafaela. Nuestros 22 empleados trabajan en instalaciones de alta tecnología, con un layout óptimo, y procesos automatizados y robotizados, lo que nos permite alcanzar una elevada productividad.

Históricamente, nuestros principales clientes fueron las fábricas de implementos agrícolas. Pero, en los últimos tiempos, la dinámica del mercado nos hizo crecer también con la fabricación de grandes engranajes para la minería, las aceiteras y las industrias frutales y forestales.

Si bien no exportamos directamente, nuestros productos están presentes en muchos países, dentro de las máquinas que venden nuestros clientes.

Con orgullo, puedo decir que Engracor, esa empresa que arrancó en el taller con el techo lleno de goteras, hoy es una firma respetada por su trayectoria, su seriedad y la calidad de sus productos.

El rol en la comunidad

Además de mis actividades como industrial, he tenido distintas participaciones en actividades de gremialismo empresario. Fui socio fundador de la Fundación para el Desarrollo Regional, y por muchos años integré la Cámara de Industriales Metalúrgicos de Rafaela, donde llegué a ser Vicepresidente. Actualmente, soy Presidente del Parque Industrial de Rafaela, formo parte del Rotary Club y soy socio vitalicio del Club Deportivo y Social Nueve de Julio, del que integré sus equipos deportivos en mi juventud.

Todas estas actividades me han ido dejando muchos amigos, con los que me reúno todas las semanas en cenas de compañerismo y amistad. La mía ha sido una vida de profundo involucramiento en la comunidad y de colaborar en todos los ámbitos en los que me ha tocado participar.

El legado

Me casé en el '64 con Gladhy Inés. Ella ha sido un soporte fundamental a lo largo de mi vida, no sólo porque se ocupó de la familia sino también porque colaboró en ventas y administración de la empresa. Con ella tuve dos hijos, Daniel y Mónica, que nos dieron siete hermosos nietos.

Actualmente, la conducción de la empresa ya se encuentra en manos de la segunda generación. Pero yo me resisto a jubilarme. Sigo yendo todos los días, a aportar en lo que puedo mi experiencia. Me alegra ver que mis hijos siguen la senda de esfuerzo y trabajo duro que les inculcamos con mi esposa.

Estos son valores que deben difundirse entre toda la juventud. Hay que dejar de lado las fantasías de que todo puede lograrse fácilmente. Sólo el trabajo, la perseverancia y la honradez nos permiten alcanzar nuestros sueños. Nada es fácil, pero todo puede lograrse.

Esto no es sencillo de ver para alguien que recién está empezando a transitar por la vida. Pero, para mí, es claro como el agua. Yo no me di cuenta de cómo fui haciendo lo que hice. Progresé lucha a lucha y trabajo a trabajo. Ahora, viendo mi vida en perspectiva, descubro que el mío fue un camino de honradez, trabajo y mucho acompañamiento de todos mis seres queridos.